

AL QUE LE GUSTA LA DIVERSIÓN NO LE HA DE FALTAR OCASIÓN

por TUMANIAN HOVANES

Antaño en la ciudad de Bagdad reinaba el califa Harun-El-Rashid. Ese monarca tenía la costumbre de pasear disfrazado por las calles, para enterarse personalmente de lo que ocurría en su capital. Una noche así, vestido de Dervich al pasar por una calle silenciosa, desde una casita pobre, escuchó voces de música y de canto. Se detuvo, pensó, meditó y por curiosidad entró en la misma. Era una vivienda vacía, despojada de todo; al lado del fuego estaban sentados sobre una carpeta, el dueño de casa y los músicos gustaban de una cena frugal tocando instrumentos populares, cantaban y se divertían.

—La paz esté con vosotros, oh alegres hombres—saludó el Dervich e inclinó la cabeza ante el dueño de casa.

—Bienvenido, Padre Dervich, ven a comer, si gustas, el pedazo de pan que Dios nos ha otorgado y diviértete con nosotros—le ruega el dueño de casa. Lo invitan a sentarse con ellos y continúan la fiesta. En altas horas de la noche, el dueño paga a los músicos y los despidió. Cuando se alejan los músicos el Dervich le pregunta:

—¿Cómo te llamas amigo?

—Hassan.

—No será deshonesto preguntarte hermano Hassan, ¿qué oficio tienes, cuánta plata ganas para poder pasar tu tiempo así en diversiones?

—La diversión no se logra con dinero, Padre Dervich—le contesta el dueño de casa—, también con poco dinero el hombre puede gozar alegremente. Yo soy un zapatero remendón, diariamente gano poca cosa. A la noche una parte la destino para comida y la otra a esos músicos como has visto. Nos juntamos y nos divertimos. Si Dios nos envía un noble invitado como tú, mejor.

—Que no falte tu alegría, Hassan; pero si se corta esa pequeña fuente de trabajo, ¿qué vas a hacer?

—¿Por qué se va a cortar Padre Dervich?

—Por ejemplo, el rey es el rey, y si se le ocurre de repente ordenar que no haya zapatero remendón.

—¡Eh! ¿El rey no tiene otras preocupaciones para que se agarre con los remendones? ¿Qué le han hecho los pobres remendones? Cuando ocurran esas cosas, en aquel momento pensemos. Ahora vayamos a dormir padrecito Dervich. Dios es misericordioso, al que le gusta la diversión no le faltará ocasión. Son cosas del mundo, como las tomas, así sucederán.

—Bueno, ojalá que sea así—augura el Dervich y se duerme.

A la mañana siguiente temprano se va el Dervich. Después de que se haya ido los heraldos recorren las calles de Bagdad anunciando el bando real que dispone el cierre de todos los negocios de zapateros remendones y prohíbe el ejercicio de esa actividad. A los infractores se les cortará la cabeza. Al pobre Hassan le sacan de las manos su lezna y arrastrándole por el cuello le echan de su angostito negocio y cierran la puerta.

A la noche siguiente Harun-El-Rashid de nuevo vestido de Dervich sale a recorrer la ciudad. Nuevamente pasa por la calle donde vivía el alegre Hassan. Otra vez escucha voces de canto y de música que salían de la casa. Entra en la misma.

—¡Oh, salud! Padre Dervich, pasa y siéntate en tu lugar.—Se sientan, comen, beben, tocan, cantan y se divierten hasta medianoche. A medianoche los músicos cobran su paga y se alejan. Quedan el dueño de casa y el huésped.

—¿Sabes lo que pasó hoy Padre Dervich?

—¿Qué pasó?

—Así como tú habías adivinado hoy el rey promulgó una ley prohibiendo nuestra profesión...

—¿Qué me dices?—Se hace el sorprendido el huésped—, entonces, ¿de dónde conseguiste la plata para hacer la fiesta de esta noche?

—Encontré una alforja de arcilla, ahora estoy vendiendo agua. Con lo que gano en el día la mitad gasto en comidas y la otra la doy a los músicos y de nuevo me divierto.

—¿Y si el rey prohibiera la venta de agua, qué harías entonces?

—¿Qué perjuicio le ocasionamos al rey con la venta de agua para que la prohíba, y por qué me voy a afligir desde hoy por eso? Cuando prohíba entonces voy a pensar. No temas amigo, nunca me faltará un pedazo de pan y un rincón para divertirme.

—Que nunca falte la alegría de tu hogar, ¡oh Hassan!—le augura el Dervich y se va.

A la mañana temprano en toda Bagdad tronaba la voz de los heraldos anunciando que el rey ha ordenado que el agua es de Dios, desde hoy nadie tiene derecho de venderla; destruid los toneles de los aguateros y rompéd todas sus alforjas. También destruyeron la alforja del pobre Hassan al ir a buscar agua y lo mandaron de vuelta.

La noche siguiente el rey de nuevo se pone las ropas de Dervich y sale a recorrer la ciudad. Otra vez se acerca a la casa del alegre Hassan. De nuevo oye voces de canto y alegría. Entra:

—Ay padrecito Dervich, pasa, pasa. Siéntate en tu lugar y alegrémonos, acortemos la noche. Alegrémonos padrecito, más vale alegrarse que afligirse.

—Claro, vale más la alegría. Todos hemos de morir, el que puede que se divierta—dice el Dervich y se sienta al lado de Hassan.—En una hora determinada de la noche los músicos cobran como siempre sus pagas y se van. Quedan el dueño de casa y el Dervich.

—Hermano Hassan, hoy me enteré de que el rey ha prohibido la venta de agua, ¿es cierto?—Cómo no, cómo no, destrozaron todas nuestras vasijas de agua. Hermano, tú eres un verdadero profeta, todo lo que dices se cumple al otro día.

—Entonces, ¿cómo es que te diviertes todavía?, ¿de dónde conseguiste el dinero?

—Ojalá que todo lo que necesite el hombre sea sólo dinero. Es fácil conseguir dinero padrecito. Fui, encontré trabajo de jornalero en una fábrica, algo me pagan por día; utilizo una parte para comer y la otra les doy a los músicos y sigo divirtiéndome. El asunto está en el corazón Padre Dervich.

—Por mi alma, con ese corazón mereces ser funcionario en el palacio del rey—exclamó el Dervich.

—Padrecito, todas tus palabras se cumplieron estrictamente, y ahora si llega a realizarse ésta también...

—¿Por qué no se va a realizar?, en el mundo no hay nada imposible—contestó el Dervich y se separaron.

A la mañana siguiente los oficiales del reino casi rompen la puerta de la casa del pobre hombre.

—¿Aquí vive Hassan, al que le gusta la jarana?

—Soy yo—contesta Hassan sorprendido.

—Por orden del rey síguenos.—Lo llevaron directamente al palacio. Le comunicaron que el rey le había designado funcionario oficial. Lo vistieron con uniforme de palacio, le colocaron una espada en la cintura y lo pusieron delante de una entrada del palacio. Todo el día estuvo parado en ese lugar sin hacer nada. Cuando empezó a caer la noche, sin darle nada le mandaron a su casa, diciéndole que viniera a la mañana siguiente a pararse en el mismo lugar. De noche otra vez Harun-El-Rashid se puso el traje de Dervich y se fue a pasear por la ciudad. Al acercarse a la casa de Hassan con sorpresa escuchó que de nuevo estaban sonando las voces de cantos y música. De nuevo Hassan estaba divirtiéndose. Entró:

—Dervich, que Dios bendiga tu casa, ven acá; también se cumplió tu palabra de ayer, el rey me designó funcionario en su palacio.

—¿Qué me dices?

—¡Dios sea testigo!

—Y se ve que te ha dado mucha plata...

—No, ¿qué plata?, no me dieron ni un centavo. Me mandaron a casa sin paga.

—¿Entonces de dónde has conseguido dinero para que de nuevo estés divirtiéndote?

—Siéntate para que te diga de dónde. Me colocaron una espada en mi cintura. A la noche cuando volvía pensé que yo no debía matar gente. Fui a vender la parte de adentro de la espada, en lugar de acero hice una de madera, la puse y volví a casa. Con la venta del acero organicé la fiesta. ¿Hice bien, no Dervich? Más vale tener alegría que espada para matar gente.

—¡Ja, ja, ja!—se rió el Dervich—, lo que has hecho está bien Hassan; pero si mañana el rey te ordena cortar la cabeza de un reo, ¿qué vas a hacer?

—Que salgan buenas palabras de tu boca, oh Dervich de mal agüero—se enojó Hassan—, si todo lo que dices se realiza no eres capaz de decir una cosa buena...—Y se afligió mucho Hassan. El miedo entró en su corazón y no pudo dormir. Realmente al día siguiente el rey llamó a Hassan y delante de todos los palaciegos le ordenó formalmente que cortara la cabeza de un delincuente condenado.

—Saca tu espada y corta la cabeza de ese culpable.

—¡Salve, gran rey!—contestó Hassan asustado—, en mi vida nunca he cortado la cabeza a alguien; no, no puedo. Hay muchos hombres experimentados en tu palacio, ordena a otro para que corte...

—Yo te ordené a tí—dijo el rey encolerizado—; si tardas un minuto más haré volar tu cabeza; vamos, saca tu espada...—Después de esas palabras el pobre Hassan se acercó al rey y extendiendo sus brazos clamó hacia el cielo:

—Señor Dios, tú conoces al justo y al culpable; si este hombre es culpable, dame fuerza para que de un solo golpe le haga volar la cabeza; pero si es justo que se transforme en madera mi espada...—Diciendo así desenvainó su espada... madera. Al ver ese milagro la gente quedó sorprendida. Aquí Harun-El-Rashid empezó a reírse a carcajadas y contó todo lo sucedido a los palaciegos. Se rieron mucho los presentes y alabaron, tanto a Hassan el divertido como al rey justiciero. También se rió el desafortunado culpable que puesto de rodillas inclinando la cabeza esperaba el golpe de espada. El rey le perdonó la vida al reo y volviendo a Hassan lo declaró la persona más querida suya en todo su imperio y le dio una alta misión para que trabajara siempre y viviera en alegría, y enseñara a los demás también cómo vivir en alegría.

traducción de JORGE SARAFIAN